

EL DESCENDIMIENTO

CAPÍTULO XLIV

SEPULTURA DEL CUERPO DE JESÚS



CUIDADOSA estaba María, Madre de Jesús, de dar sepultura á su Sagrado Cuerpo, considerando que se le acababan las horas en que lo podía hacer. A las seis de la tarde se consumaba el día Eclesiástico del viernes y comenzaba el sábado por ser entonces el Equinoccio del verano, cuando se pone el sol á las seis de la tarde y sale á las seis de la mañana, siendo de esta suerte iguales los días y las noches; pero en teniendo principio el día legal del sábado no era lícito á los Judíos trabajar. Habiendo, pues, corrido ya no poco espacio de tiempo desde que espiró Jesús que fué á las tres de la tarde, estaba María con cuidado deseando deponer del Madero el cuerpo de Jesús y darle decente sepultura. Todo le faltaba para poderlo ejecutar, mas no la segura y firme confianza en la Divina Providencia, cuyas despiertas atenciones luego esperimentó.

No parecía posible que ardiendo tan furiosa la rabia de los Judíos contra Jesús, hubiese alguno que sacase la cara, y á vista de aquel pueblo feroz tratase de sepultar su Santo Cuerpo. Pero entonces movió Dios el corazón de un ilustre caballero llamado Joseph, cuya patria era Arimatea ó Ramnatá, ciudad de la provincia de Judea, ilustre con el nacimiento del profeta Samuel: noble Decurion y Senador Jerosolymitano, hombre bueno y justo que en secreto era discípulo de Jesús, y por esta causa no había conseguido ni conformádose con el parecer de los Judíos, cuando en su consejo le condenaron á muerte, y así esperaba gozar el Reino de Dios que Jesús predicaba en su Evangelio.

Este, pues, cobrando mayor ánimo por considerar á Pilato en lo interior bien afecto á las cosas de Jesús, y que el disponer de su cuerpo tocaba al Presidente, por ser á lo que juzgaba el mun-

do, de malhechor, que había muerto en el suplicio; se entró con santo atrevimiento á su presencia y le suplicó le mandase entregar el cuerpo de Jesús para ponerle en decoroso monumento, informándole de que ya había espirado por sí mismo, sin que hubiese sido menester quebrarle las piernas. Maravillóse Poncio de que en tan breve espacio de tiempo hubiese muerto, por el concepto alto que había hecho de él como de hombre Divino, y juzgaba, que en esto como en los demás se aventajaría á los ladrones, prorogando su vida más que ellos. Mandó, pues, llamar al Centurion, que había tenido á su cargo la ejecución de la muerte de Jesús, y le preguntó si era verdad que había muerto ya. Y sabiendo de él que sí y las milagrosas circunstancias con que había espirado, le mandó no sin veneraciones, entregase el cuer-



po de Jesús á Joseph para que le sepultase honrosamente.

Joseph hallándose rico con el decreto de Pilato, compró con liberalidad lienzos delicados y decentes, y llevándolos consigo fué con el Centurion Lengines al Calvario á disponer la sepul-

tura del cuerpo de Jesús. Acompañóle en este oficio de religiosa piedad Nicodemo, el que la primera vez que habló á Jesús vino de noche á verle; pero ahora sintiendo la fé más robusta, se quitó el embozo, y á rostro descubierto se confesó discípulo de Jesús y trató de sepultarle trayendo públicamente cien libras de preciosa mistura de mirra y aloes (aromas oportunos) para ungir con ellos el cuerpo de Jesús.

Los dos, Joseph y Nicodemo, no teniendo temor de la ley que mandaba con rigor á los Judíos no tocasen cuerpo difunto ni entrase en monumentos, antes juzgando que se purificaban con el contacto del cuerpo de Jesús por la Divinidad que le asistía, depusieron por sí mismos el Sagrado Cuerpo del Madero, valiéndose de escalas y toallas limpias y aseadas, y le entregaron á María, Madre de Jesús, que le adoró y abrazó con las ternuras y altísimos afectos que corazón tan iluminado pudo exhalar. Ungieronle luego con las aromas que habían prevenido y amortajáronle religiosamente con lienzos delgados y preciosos conforme estilaban los Judíos.

Fuera del Monte Calvario, aunque no léjos de él estaba un jardín y en él un magnífico y suntuoso monumento, que para sí había fabricado Joseph, labrándole todo de una roca y aun no se había estrenado: en él depositaron el cuerpo de Jesús, porque por la solemnidad de la Pascua y porque ya comenzaba el día Eclesiástico del sábado en que no podían trabajar, no se atrevieron á llevarle á otro de más costa y valor que tenía el mismo Joseph algo más distante de Jerusalem, quedando con propósito de trasladarle á él en coyuntura mejor. Sepultado pues, Jesús en el monumento, mandó Joseph á sus criados le cerrasen la puerta con una grande losa, para asegurar el Cuerpo Santo de atrevimientos de ladrones. Pero la Eterna Providencia dispuso aquella prevención para quitar de todo punto la sospecha, y prevenir la calumnia de que los Discípulos de Jesús le habían robado para mentir su Resurrección; hecha esta diligencia, Joseph y Nicodemo se volvieron á sus casas.

María, Madre de Jesús, Juan y María Salomé, su madre y otras devotas matronas que la acompañaban se quedaron al pié de la Cruz engolfadas en la consideracion de misterios tan altos, como aquel día se habían obrado en el Sacrosanto Madero. Habiendo, pues, Joseph y Nicodemo celebrado con religioso culto los oficios de la sepultura de Jesús, acordó María bajar del Monte, porque ya declinaba el día y asistiéndola Juan y aquellas Santas Mujeres, se volvió á Jerusalem y entró en la casa de María, madre de Marcos, y en el Cónclave ó Cenáculo donde Jesús había instituido el Sacramento de su Cuerpo y Sangre se recojió en altísima contemplacion elevada á esfera de Divina, aguardando el dichoso momento de la Resurrección de Jesús.

Pero María Magdalena y María, madre de Joseph, gobernadas de espíritu diferente, cuando vieron que aquellos piadosos Discípulos de Jesús, Joseph y Nicodemo llevaban el Cuerpo Sacrosanto á sepultarle, fueron en su compañía al jardín donde estaba el Monumento; si bien no entraron en él, contentándose con

ver despiertas sus atenciones todas, dónde y cómo ponían el cuerpo de Jesús con ánimo de venir á ungirle de su mano en pasando el sábado, y así se quedaron enfrente del Monumento llorando, porque si bien su devoción no era inferior á la de Jo-



seph y Nicodemo, juzgaron no ser decente entrar con ellos en la bóveda á hacer con el Sagrado Cuerpo los oficios de lavarle y ungirle, como acostumbraban los Judíos, conteniéndose en las recogidas y recatadas decencias de su sexo, aun cuando pudiera dispensar con ellas su ardiente devoción.

Eran ya las seis de la tarde, á la puesta del sol, había comenzado el sagrado día del sábado, cuando no les era permitido trabajar, y así determinaron las dos Marías venirse del Calvario á Jerusalem, y estando en casa María, madre de Márcos, aunque en diferente cenáculo del que ocupaba María, Madre de Jesús, previnieron los aromas que les fué posible sin salir á comprarlos, porque ya estaban cerradas las tiendas de la ciudad y no les era lícito andar en esta ocupación. Permanecieron, pues, en quietud conforme la ley todo el sábado hasta la puesta del sol y entonces cuando ya les era lícito el trabajo, fueron personalmente á comprar los más preciosos aromas que pudieron

para ir en amañeciendo á ungir á medida de su amor el cuerpo de Jesús; que si bien Nicodemo solo había llevado aquella tarde cien libras de mirra y aloes, con que no solo podía ungir el cuerpo sino bañarle en uno como estanque de licores aromáticos, todo lo juzgaba poco su amante y fervorosa adoración.

CAPITULO XLV

SIENTEN LOS JUDÍOS LA HONROSA SEPULTURA DE JESÚS

QRAVEMENTE atravesó el corazón de los Judíos el sentimiento de ver la solicitud, ostentación y aparato con que Joseph y Nicodemo habían sepultado á Jesús, y juntándose á aquellas mismas horas los Príncipes de los Sacerdotes y Fariseos, acordaron de pedir al Presidente soldados que guardasen el sepulcro. Maquinaron hacer este ruido para que si Jesús no resucitase, como él mismo lo había dicho, pasados los tres días que había señalado para su resurrección, supiesen mostrar su cuerpo ya corrupto al pueblo, y convencerle de falsedad en sus promesas, y si por ventura resucitase derramar en la plebe que sus discípulos le habían robado del sepulcro, corrompidos con sobornos los soldados; y por estas artes desvanecer la verdad de su resurrección como en la realidad intentaron.

Habiendo pues, comenzado ya el sábado legal, el viernes después de puesto el sol, cuando juntamente se había acabado el día sagrado del Parasceve y ya nadie podía ocuparse en negocio alguno exterior, los Pontífices y Fariseos que tan severamente habían celado en las acciones de Jesús la religión del sábado, quebrantando ahora su quietud y su silencio, fueron personalmente á casa de Pilato y entrando en ella (pues siendo ya de noche no pudieron negociar con él de otra manera) sin hacer caso de los justos recelos de contaminarse por ser palacio de gentil, mostrando con obras tan solemnes que el haber calumniado á Jesús las violaciones de los sábados no habían sido por veneración de la ley que ahora tan sin escrúpulo quebrantaban, sino por envidia de sus aplausos y celebridad de sus obras.

«Señor, le dijeron, hanos venido á la memoria que aquel embustero (así nombraban á Jesús) dijo cuando estaba vivo que había de resucitar á los tres días de su muerte, y aunque no hay que hacer caudal de sus palabras, con todo eso será bien que mandes poner custodia segura en su sepulcro hasta que haya pasado el tercero día, no sea que sus discípulos roben de noche su cuerpo, y mostrando el monumento sin el cuerpo publiquen que resucitó Jesús de entre los muertos como lo había dicho, que sería error de más perniciosas consecuencias que cuanto se ha sembrado de su Divinidad, pues todo quedaría acreditado con su resurrección.» No pudieron los Pontífices engañarse tanto que temiesen que los discípulos de Jesús, siendo tan pocos y de ánimos tan apocados, que en su prisión le desampararon todos, se empeñasen en robar del sepulcro el cuerpo de su Maestro no

siendo creíble que los Judíos dejasen solo el monumento por lo que pudiera acontecer. Fundaban pues, desde entonces la máquin de la ficción que tenían ya tramada en sus juntas para confundir y deshacer el crédito de su resurrección si sucediese.

No recibió mal la propuesta el Presidente, pero dando forma á la custodia del sepulcro que pedían mandó que no solamente los soldados Romanos, sino también los Sacerdotes y Fariseos guardasen para mayor seguridad el monumento y asíles respondió: « Por mi órden tendreis toda la guardia que gustéis para prevenir el inconveniente que temeis; pero id también vosotros y poned en vuestra compañía una escuadra de soldados. » Con este decreto de Pilato, llevaron consigo los Sacerdotes y Fariseos una compañía militar, y la pusieron en guardia del sepulcro sellando la losa de piedra que cerraba la boca de él para mayor seguridad; obrando todo esto en sábado y mostrando con el hecho aunque sin entenderlo que ya las legales ceremonias habían espirado juntamente con Jesús, pues tan sin escrúpulo las quebrantaban los Pontífices.

Funesto y enlutado tribunal erigió entónces la Divina Justicia en las conciencias de los Pontífices y Sacerdotes, donde la inmortal luz de la verdad que allí preside les dió á ver por más que torcían el rostro, los infaustos fines que tendria aquella que apellidaban victoria: y escondiéndose los corazones á sí mismos mostraban regocijo en los semblantes y en sus juntas. Cumpliéndose entónces lo que en persona de Jesús cantó David en uno de sus salmos: « Levantáronse contra mí testigos llenos de malicia y la iniquidad en ellos se mintió á sí misma. » Naturalza es del delito anublar con tristes sombras el ánimo de quien le cometió en el momento que le acabó de fabricar. El crimen de los Pontífices era el más enorme que vieron en su decurso las edades. Perfeccionáronle de todo punto sellando la puerta del Sagrado Monumento, y sin treguas comenzó á abrasarles el alma la iniquidad. Pero esta misma maldad asomada á las frentes de los Sacerdotes se mintió, no engañó á sí misma haciendo allí ventana á los triunfos de Jesús cuando en lo interior les tenía las almas en lamentables calabozos.

CAPÍTULO XLVI

EL ALMA DE JESÚS BAJA Á LOS INFIERNOS



En el punto que espiró Jesús en el madero, dividiéndose el alma de su cuerpo (en eso consistió el morir) bajó al centro de la tierra, que comunmente llamamos Infierno, por ser la parte ínfima del mundo. Hay en aquel sitio cuatro senos. Limbo de los padres. Limbo de los infantes que murieron con solo el pecado original antes del uso de la razón, ni de haber cometido pecados personales. Purgatorio ó Infierno ó cárcel de condenados, y á todos estos receptáculos bajó por sí misma el alma de Jesús al

Limbo de los padres ó el Seno de Abraham, y al Purgatorio de las almas Santas, que todavía estaban purificándose en el crisol de aquella discreta llama, instrumento de la Justicia y Caridad de Dios; pero al Infierno de los condenados y al Limbo de los niños bajó por sola su virtud y potestad ejerciéndola en ellos.

Entró pues el alma de Jesús unida al Verbo en el Seno de Abraham, donde halló las de Adán y Eva, primeras fuentes y Padres del linaje humano y las de todos los Santos, Patriarcas, Profetas y Justos; así de los que pertenecían al pueblo Judaico como de los que viviendo en la gentilidad, habían alcanzado luz sobrenatural para creer en él, como aconteció á Melchisedec, Job y otros, los cuales habiéndose ya purificado con el fuego del Purgatorio de los pecados veniales ó mortales, no enteramente satisfechos con que partieron de esta vida estaban en aquel seno detenidos hasta que viniese el Redentor del mundo, que satisfaciendo con su sangre por el delito del primer hombre, cuya propia pena era de privación de ver á Dios en qué consiste la eterna felicidad de las almas, los libertase de aquella larga y penosa esclavitud, y pasándolos al estado y honor de hijos de Dios los hiciese consortes de su Gloria, concediéndoles ver su Divinidad.

Increíble fué el gozo que tuvieron aquellas dichosas almas viendo ya en su compañía á su Hijo, su Hermano, su Dios y Redentor, tan refulgente, tan hermoso, tan vencedor de la muerte y del demonio y tan colmado de triunfos. Esperimentaron su dicha sin tardanza, porque como el alma de Jesús bajaba del Madero Sacrosanto cargada de los tesoros y riquezas celestiales que había adquirido en su Pasión, y en aquel Sagrado Cónclave no había ninguno con estorbo para gozar los caudales de su gracia, á todos los hañó de lumbre de Gloria, constituyéndolos desde aquel momento bienaventurados, pues veían claramente su Divinidad, y dando á muchos de ellos esperanzas de que dentro de breves horas se refundirían en sus cuerpos los dotes de la Gloria que entonces estrenaban.

Pasó de allí al Purgatorio donde halló copioso número de almas, que con el suave rigor de aquel incendio se estaban purificando de las manchas que habían contraído en este mundo. Pero como el espíritu de Jesús venia deseoso de derramar en las almas las innumerables y Santas indulgencias de su sangre, publicó en el Purgatorio un Jubileo plenísimo como Pontífice recién asumpto al Trono, y por virtud de su Pasión, que todavía estaba exhalando piedades, perdonó á todas las que halló en aquel lugar las penas que les restaban por padecer, destinándolas luego para el consorcio de su Gloria, viendo su divina esencia, y para que le acrecentasen aquella admirable y regocijada pompa, cuando allí á cuarenta dias subiese como Redentor de almas triunfante al palacio de los Cielos.

Desde el Purgatorio bajó el alma de Jesús al Infierno ó cárcel de los condenados, no segun su real presencia, sino segun su eficacia; porque por un modo inefable propio de su Omnipotencia se les hizo presente para mayor tormento suyo, acusándoles

la obstinacion con que no habian creído en él, ni obedecido sus preceptos. De aquellos eternos calabozos no libró á ninguna alma Jesús; porque como obraba no con su absoluto poder, sino con la virtud de su Pasion, manantial de todos nuestros bienes, á solas las que estaban conjuntas y unidas á ella por fé y caridad comunicó el beneficio de su sangre, que es la eterna salud. Estando pues, las de los condenados obstinada y pertinazmente separadas de la fé y amor de Jesús, no eran capaces de la redencion que habia obrado y comunicaba á los difuntos el Redentor de almas penitentes.

Lo mismo le aconteció con la de los infantes que partieron de esta vida con solo el pecado original, porque no habiendo gozado de la circuncision ú otro Sacramento que por la fé del Mesías y Redentor que habia de venir las expiase de la culpa que heredaron del primer Padre de los hombres Adán, quedaran escluidas en pena de aquel delito del Reino de la Gloria y felicidad de ver á Dios; y no teniendo al presente algun medio sobrenatural que las viniese por afecto de Jesús, no estaban en posibilidad de gozar los frutos de su Redencion, y por esta causa no libró á alma alguna de este gremio, dejándolas aunque sin tormento sensible en la eterna privacion de ver la divina esencia y gozar las fruiciones inefables que ella causa. Y en estas ocupaciones gastó el alma de Jesús las treinta y siete horas que pasaron desde las tres de la tarde del viernes en que se apartó del cuerpo hasta las cuatro de la mañana del domingo en que se reunió á él en su gloriosa Resurreccion.

CAPITULO XLVII

MARÍA RECOJE Y CONSUELA A LOS APÓSTOLES

DABAN á entender con afectada seguridad los Sacerdotes que habiendo dado á Jesús una muerte tan llena de afrentas habian acabado con él, haciéndole aborrecible y detestable en todo el mundo, especialmente viendo que sus discípulos habian andado tan cobardes despues de la prision de su Maestro, que ninguno habia descubierto el rostro para salir á su defensa; pues Juan, que se apareció en el Calvario entre las mujeres que lamentaban á Jesús, no tenia más oficio que llorar y cuando ahora intentaban librar su cuerpo no sería de consideracion su resistencia á toda la gravedad y sabiduría del Judaismo, siendo ellos de linaje tan humilde pescadores Galileos, tan sin letras ni elocuencia, ni otras artes ó prerogativas que les pudieran granjear valimiento entre los hombres, y para su mayor seguridad consideraban empeñado el crédito del Presidente en sustentar la condenacion que habia hecho de Jesús y del Emperador Tiberio en ampararla, pues le habia ajusticiado por traidor á su corona.

Pero ¿cuáles son las armas y estratagemas de los hombres contra la sabiduría y omnipotencia de Dios? Para confundir

pues, á los Judíos cuando más jactanciosos y arrogantes y triunfar del Infierno conjurado con el mundo contra el nombre y adoracion de Jesús, eligió la Soberana Providencia á una mujer. Este título dió á María su Hijo pendiente del madero, por ventura con énfasis tan alto, mostrando que los trofeos que él habia comenzado á levantar en su Cruz siendo Dios, los habia de continuar siendo mujer haciendo esta befa á Satanás y dando esta bofetada á la vanísima presuncion de los Pontífices y esta irrision á la potencia del Romano Imperio que al fin habia de humillar despues sus soberbias presunciones y diademas á las plantas de una mujer y un pescador.

Resplandeció en esto otra sublime Providencia, porque habiendo entrado el delito en el mundo por nuestra madre Eva poseyó una mujer tantos siglos el principado de la culpa, y dispuso el Redentor de aquel ingrato crimen que cuando le borraba con su sangre gozase otra mujer el imperio de la gracia. Esta fué María, Madre suya, á quien llamó desde el patíbulo mujer, porque á luz milagrosa la consideró Procuradora y Vicaria del sexo femenino, que representando su gremio le asistia acompañada de religiosas matronas, al tiempo que en la mesa de la Cruz satisfacía al Padre lo que debia el nombre por la culpa fatal en que incurrió por la mujer.

En consonancia de esta providencia ordenó Jesús que Pedro á quien tenia destinado para Príncipe y Monarca de su Iglesia no se hallase presente en el Calvario ocupado en llorar la ingratisima infamia que cometió contra él en Getsemaní y en el Palacio de Caifás, y antes tuviese necesidad de intercesor para restituirse á la gracia de su Maestro ofendido. Y si Juan tuvo valor para asistir á la Cruz logró el más escelso título, que fué hijo de María en el Reino de la Gracia, y representándose en él los demás Apóstoles y fieles significaba el sagrado y misterioso emblema, que todos se debian reputar por hijos de familias en la casa de esta milagrosa mujer.

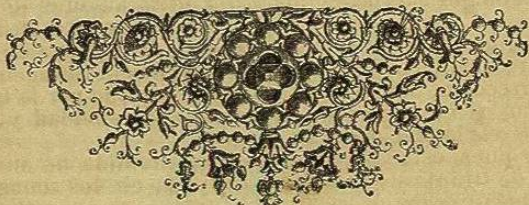
Luego que Joseph y Nicodemo acabaron el religioso oficio de la sepultura del sacrosanto cuerpo de Jesús, entró el dia legal del sábado y entonces María mirando aquel dia como propio de su valor y sus piedades mientras el alma de Jesús, Hijo sayo, estaba repartiendo glorias y castigos en las cavernas de la tierra, y su cuerpo yacia en la quietud del Monumento, se consideró triunfante y Señora del campo en este mundo, representando la persona de Jesús en la veneracion y autoridad que como a Madre de su Maestro y suya le debian los Apóstoles.

Habiendo pues, venido del Calvario al Cenaculo, recogida en aquel retiro, y puesta en altísima contemplacion de los misterios que su Hijo habia obrado en aquel dia, dió cordiales gracias al Padre Eterno por el inestimable favor que habia hecho al mundo, consumando su redencion y aplacándose con el hombre por medio de la muerte de Jesús, y en especial por haberla á ella escogido por coadjutora de su Hijo en obra tan propia de Dios como la Redencion del mundo y la victoria del vicio y del Infierno, ofreciéndose con aliento heróico en aquella ausencia

de su Hijo á mirar por su familia y y por la Iglesia que él á costa de su vida habia formado de su sangre.

Despues vistiéndose de la fortaleza y magnanimidad de Madre del Redentor y considerándose ya como cabeza del cuerpo místico de Jesús, no en la jurisdiccion espiritual, de que no era capaz siendo mujer, sino en la potestad dominativa y económica ó doméstica respecto de sus hijos los fieles, trató de recojer en un gremio á los Apóstoles que andaban por las cuevas y montes fugitivos, recelosos de la impiedad de los Pontífices y Fariseos que tan crudamente habian ejecutado su rencor en su Maestro, y por medio de Juan, de Joseph, de Nicodemo y Márcos los envió á buscar, y señaladamente á Pedro á quien consideraba más avergonzado y afligido, y los condujo á la misma casa del Cenáculo, donde con palabras dulcísimas los consoló con la esperanza del perdon de su cobardía, y de ver brevemente resucitado y glorioso á Jesús.

Por esta causa entre otras se ha tenido siempre en la Iglesia el dia del sábado por consagrado á la devocion y culto de María, porque si bien le suelen ayunar los fieles los cuatro tiempos del año instituidos por la Iglesia y algunos con mayor frecuencia, en veneracion de haber estado el cuerpo de Jesús en el sepulcro despojado de su propia alma este dia y tambien de la tristeza y desamparo que con su muerte sintieron los Apóstoles; pero la devocion que en los sábados se tiene generalmente con María, se funda en que sintiendo á solas entonces las penas todas de Jesús que el viernes habia padecido juntamente con él, mientras pendió vivo del madero se vistió de ánimo y valor de coredentora y comenzó á ejercer el oficio de Madre de los Apóstoles y fieles que su Hijo le habia dado en cláusula de su testamento desde la dura cama de su Cruz consolando á los discípulos que á la sazón eran pecadores, estrenando en ellos la altísima dignidad de Madre de Dios que todo es misericordia, y reduciendo toda su potestad á darles consuelo en sus penas y alivio en sus trabajos.



LIBRO SÉTIMO

**Resurreccion gloriosa y ascension admirable
de Jesucristo Nuestro Señor, Dios Hombre.**

CAPÍTULO PRIMERO

RESUCITA JESÚS GLORIOSO DEL SEPULCRO

RDENÁBASE la Redencion del mundo, que á costa de su honra y de su sangre celebró Jesús en el Madero, á que los hombres que por la culpa de Adan habian sido despojados del derecho que tuvieran á la Gloria, si el Padre primero del linage humano perseverase en la santidad en que fué criado, se gozasen restituidos á ella con mejoras. Y aunque la posesion de esta felicidad comunemente se reservaba para el último dia de este mundo, en que reviviendo los hombres de sus cenizas como el fénix, resucitarán en sus mismos cuerpos, y los justos entrarán en el Reino de la Gloria como hermanos segundos de Jesús, que es el Primogénito y mayorazgo de ella; convenia que en la persona de aquel Dios Hombre amaneciese presto á los mortales la refulgente luz de su Resurreccion, para que se animasen los que por la fé eran miembros suyos á esperar para sí mismos la felicidad y gloria que hubiese resplandecido en su cabeza.

Habiendo pues, estado el alma de Jesús dividida de su cuerpo, espacio de treinta y siete horas, ocupada en los senos de la tierra en repartir gozos á las almas santas y en causar nuevos espantos á los demonios y á los espíritus eternamente condenados, al tiempo que al amanecer del domingo comenzaba á despuntar el dia, salió de aquellas grutas subterráneas acompañada